

LA ORIGINALIDAD DEL DISCURSO FILOSÓFICO

Patricio Jeria Soto

El título de este trabajo puede ser entendido en dos sentidos que la propia palabra *originalidad* soporta: por un lado, se refiere a la génesis del discurso filosófico, su origen y sus fuentes, por otro dice relación con las características que singularizan a la pregunta y la respuesta, filosófica. En lo que nos preocupa ahora ambos sentidos son complementarios, están necesariamente ligados; en efecto, cualquier indagación acerca del origen del discurso filosófico, incluso las más generales como ésta, deberían arrojar conclusiones que permitan particularizar el modo propio de la expresión filosófica, diferenciándola del discurso mítico o religioso, por ejemplo. Sin embargo, surge una interrogante que no por obvia deja de ser válida, ¿Es posible tal diferenciación radical, tal singularización de un discurso filosófico?.

Antes de intentar despejar dicha incógnita, si es que esto es posible aquí y ahora, me permito dos anécdotas que sirven para ilustrar el por qué de mi interés en el tema. La primera de ellas ocurrió hace algunos años mientras estudiaba filosofía: cierto día un profesor de la facultad me mostró un proyecto de tesis, para que yo lo leyera y diera mi opinión sobre si aceptar o no el patrocinio de tal empeño; por razones que apelaban a mi incapacidad para dirimir tal problema y, además, por la sensación de estar metiéndome en asuntos ajenos, opté por el silencio. Ante esto el profesor en cuestión me dijo: "No puedo patrocinar este proyecto, porque esto no es filosofía". ¿Cuál era el tema? El 'pensamiento', así entre comillas, maya. En el momento no se me ocurrió preguntar, hoy lo lamento, por qué no hay, o no hubo, 'filosofía maya'; o bien consultar bajo qué criterios el profesor dirimía lo que es propiamente filosofía y lo que no lo es. El otro suceso ocurrió un par de años después, yo ya era profesor de filosofía en un liceo e intentaba introducir a los chicos en el origen de la filosofía, para ello peroraba sobre las virtudes de la racionalidad y del poder del 'logos'. En ese momento un alumno me preguntó con vehemencia: ¿Y qué ocurría antes del siglo VI antes de Cristo? ¿Qué hay de otros pueblos u otras culturas? ¿Acaso no se pensaba antes?. En honor a la verdad debo decir que entonces me refugié en lo que muchas veces se ha

llamado 'milagro griego', esto supone que la filosofía y el pensamiento racional tiene una fecha y un lugar de nacimiento propios y precisos, legalmente registrados y sancionados por la tradición: siglo VI, Asia menor, específicamente Jonia y, por si fuera poco, un representante individualizado: Tales de Mileto. Mi conciencia no quedó tranquila con tal respuesta y la del alumno probablemente tampoco, pero las particularidades propias del oficio de profesor de filosofía y de la educación chilena no permitieron mayores discusiones.

Ahora bien, es a partir de hechos como los mencionados que hoy me arrogo el derecho a inquirir sobre estos temas; ello obviamente comporta el deber de entregar una respuesta. De antemano adelanto que tal fin no se cumple a cabalidad, por ello este breve trabajo está lejano de querer convertirse en un punto de llegada seguro; es por el contrario un cúmulo de dudas que pretenden ser sistematizadas, para servir de somera introducción a una problemática mayor en cuanto a la cantidad y la calidad de la información implicada. Sin embargo, de una u otra forma estamos obligados, lo estoy yo en este preciso instante, a tratar de esbozar un cierto camino que ilustre el desarrollo de tales dudas.

Comencemos por lo indudable, es claro que la historia mental de la humanidad no partió en el siglo VI a. C., ni mucho menos en la Grecia Jónica; de hecho, los propios griegos poseen una literatura que, por lo menos, data de los siglos IX o VIII, cuyo primer representante conocido sería Homero; luego es imposible no mencionar a Hesíodo y, con posterioridad (durante los siglos VII y VI) una variada gama de poesía, productos espirituales y estéticos de diversa índole y variopinta expresión formal. Para nuestros modestos fines la pregunta que resulta útil es la siguiente: ¿Por qué Hesíodo, por ejemplo, no es un filósofo¹? o bien ¿Qué hace que Tales, de quien conservamos unos pocos

¹ Las opiniones en torno al tema varían, desde las que separan definitivamente a Hesíodo de los filósofos presocráticos hasta las que lo proponen como inaugurador del pensamiento filosófico occidental. Compárese los siguientes extractos a modo de ejemplo sobre este punto: "También Hesíodo, a pesar de ser un manifiesto provisor de una *imagen mítica y, por tanto, irracional en su raíz*, empleó un género útil de racionalidad, cuando clasificó y sintetizó cuentos procedentes de diferentes regiones y con énfasis diferentes. Hizo incluso mucho más que eso, más incluso que reunir los temas cosmogónicos interesantes (...) Porque el plan de compilar una cosmogonía y una teogonía sistemáticas, por un lado, seguido, por otro, de un examen de la norma del orden (o su ruptura) en el mundo desarrollado, presupone una comprensiva visión del mundo (...) *que deja de ser filosófica sólo porque se expresa en el lenguaje simbólico de los mitos y es concebida, sin duda, desde ellos en cierta medida.*" (G. S. Kirk, J.